

SOLITARIOS DE LA DIOCESIS DE CIRO

LOS SANTOS MAISIMO, ACEPSIMO, CEBINAS POLICRONO, ETC.

Habiendo escrito Teodereto la vida de muchos santos solitarios, como hemos tenido lugar de ver, es muy justo que demos un lugar preferente á los que florecieron en su diócesis, compuesta de ochocientas parroquias, que visitaba con frecuencia, y en donde tenia el consuelo de ver á muchos anacoretas eminentes en virtud y célebres por su vida celestial y por los dones extraordinarios con que Dios les favorecía. Así es que no ha dejado de hacer su elogio en su *Historia religiosa*, y despues de tratar de las brillantes luces de virtud y de piedad que brillaron en Antioquía, pasa á las santas praderas de Ciro, para contemplar estas flores admirables, cuyo olor excede al de todos los más esquisitos perfumes.

El primero de que habla es san Maisimo, no le conoció personalmente, pero sí á la madre de un niño que habia sido curado por sus oraciones. Era natural de Siria, sin que pueda asegurarse que abrazara la vida monástica. Lo que dá lugar á presumirlo es que Teodereto lo incluye entre los anacoretas, cuya vida escribe, y dice que, habiendo sido criado en el campo, se hizo recomendable por toda clase de virtudes en la vida privada. Fué párroco de una aldea, en donde vivió con el mismo desprendimiento que el más perfecto religioso : pues se asegura, dice este autor, que es-

tuvo mucho tiempo sin mudar de hábito, contentándose con remendarlo.

Velaba con tanto celo por el rebaño que le habia confiado la Providencia, que se le puede considerar como un excelente modelo de sacerdotes consagrados á la salvación de las almas. La ley de Dios era la norma de todas sus acciones, así como de todas sus palabras : nada decia ni hacia que no estuviese conforme con ella, y de esta manera alimentaba espiritualmente á sus ovejas con sus instrucciones y buenos ejemplos.

Su casa estaba siempre abierta á los extranjeros y á los pobres. Habia siempre en ella dos barriles, uno lleno de trigo, y otro de aceite, para los que acudian á él en sus necesidades. El señor manifestó con un prodigio que pudiéramos llamar perpetuo, cuán agradable le era la caridad de su siervo, pues multiplicaba de tal manera este trigo y este aceite, que los barriles no se desocupaban, por más que se les sacase. Fué favorecido, dice Teodereto, con la misma gracia que la viuda de Sarepta, á la que no faltaba aceite en su cántaro para recompensar su caridad.

Maisimo recibió también el don de los milagros. Hizo muchos, pero Teodereto no refiere más que dos para no hacer muy larga su relación. El primero fué en favor de una mujer tan distinguida por su fé como por su nacimiento. Tenia un hijo muy jóven, que cayó enfermo sin que de nada le sirviesen los auxilios de la ciencia. Esta madre afligida pensó muy bién, según los sentimientos de su piedad, que era mejor poner su esperanza en las oraciones de los santos, y se presentó acompañada de su hijo á san Maisimo para implorar el auxilio de sus oraciones. El santo varón tomó al niño en sus brazos, lo puso al pié del altar, se postró en tierra, y rogó al soberano médico de los cuerpos y de las almas, que le devolviese la salud. Su oración fué oída al punto, y devolvió á la madre al hijo per-

fectamente curado. Esta misma madre, dice Teodoreto, me lo ha referido, y es incapaz de mentir.

Obró el segundo en favor de un señor de una aldea de que era párroco el Santo. Este señor, llamado Lothois, era primer presidente de Antioquía é idólatra. Había venido á aquel lugar para recoger las rentas de sus posesiones; pero las exigía con tanto rigor, que el Santo se vió obligado á rogarle que emplease más dulzura y compasión. Nada pudo conseguir de él; pero Dios le hizo ver muy pronto que era necesario respetar los caritativos avisos de sus siervos, pues habiendo subido á su carruaje, no podían tirar de él las mulas por más esfuerzos que hacían. Muchas personas acudieron para ver de arrancarle; pero todo fué inútil.

Por último, un amigo de Lothois, que con él iba en el carruaje, pensó que tal vez las oraciones del Santo serían el obstáculo. Entónces indicó al presidente que se arrojase á sus pies, y le pidiese perdón del desaire que le había hecho. De esta manera aquel hombre soberbio se vió obligado á humillarse ante el que no respiraba más que humildad, y se desataron los lazos invisibles que sostenían el carruaje.

Añade Teodoreto que se refería otra multitud de maravillas, y se sirve del ejemplo de este Santo para demostrar que se puede alcanzar la salvación y llegar á la cumbre de las más eminentes virtudes, lo mismo en el ministerio sacerdotal que en la soledad, siempre que se halle grabado en el corazón el celo por la gloria del Señor.

El mismo historiador hace también el elogio de Aceptísimo, diciendo que se encerró en una celda, en que estuvo sesenta años sin hablar ni ver á nadie. Una vez á la semana se le llevaban unas pocas de lentejas remojadas, que le introducían por un agujero oblicuo practicado en la muralla, y por la noche salía á recoger agua en una fuente inmediata.

Apercibióle en medio de la oscuridad de la noche un pastor, y como el Santo estaba encorvado bajo el peso de las cadenas, como despues veremos, caminaba á cuatro pies. Creyó el pastor que era un lobo, tomó una piedra para arrojársela con la honda; pero su mano quedó inmóvil hasta que el Santo regresó á su celda. Comprendió entónces el pastor su error, y á la mañana siguiente fué á encontrarle, para referirle lo ocurrido y pedirle perdón.

Deseando un curioso saber lo que hacía el Santo en su celda, subió á un árbol desde donde podía verle; pero no tardó en ser castigada su temeridad: pues quedó parálitico de la mitad del cuerpo, lo cual le obligó á pedir perdón al Santo, y á rogarle que alcanzase su curación con sus oraciones. Lo curó efectivamente, pero á condición de que cortase el árbol sobre el cual había subido, para quitar á otros este motivo de tentación.

La vida de san Aceptísimo, en un recinto tan estrecho, era un ejercicio continuo de oraciones y penitencias. Llevaba tantas cadenas sobre su cuerpo, que tenía que estar siempre encorvado. No se ocupaba más que de Dios y de su alma: de Dios, con quien conversaba á toda hora, lo cual constituía todo su consuelo, y por ello había renunciado á toda conversación con las criaturas: de su alma, sobre la cual no dejaba de vigilar ni un solo momento para dirigir á Dios todos sus pensamientos y acciones, é impedir que manchase su pureza con la más leve falta.

Dios le reveló la hora de su muerte cincuenta días ántes de que ocurriese. Entónces abrió la puerta de su celda, y dejó entrar á todos los que querían verle. El obispo de la diócesis vino, y quiso conferirle el sacerdocio. Respondióle con la humildad que le caracterizaba, que no ignoraba que el sacerdocio es una carga muy pesada y terrible, y que no podía pensar sin estremecerse en la cuenta que tienen que dar á Dios los que han recibido este sagrado

carácter: pero que por otra parte, hallándose en los últimos días de su vida, se sometía á su voluntad. » Pues si hubiese de vivir mucho tiempo, no podría aceptar tan sublime ministerio, y os rogaría que me dispensaseis. » Dichas estas palabras, se puso de rodillas para recibir el sagrado carácter, y el obispo le impuso sus manos para que descendiese sobre él el Espíritu Santo.

Murió precisamente en el tiempo que Dios le había revelado y los habitantes de los pueblos inmediatos se reunieron en número muy considerable para darle sepultura, pretendiendo cada cual tener el honor de dársela en su aldea. Pero mientras resolvían la contienda, apareció un hombre diciendo, que el Santo le había obligado bajo juramento á que le enterrase en su celda, lo cual terminó la contienda. Teodoreto hace sobre esto la siguiente reflexión. El amor que las almas santas profesan á la sencillez subsiste después de su muerte. Como no han estimado la vanidad durante su vida, y no han deseado más que agrandar á Dios, se preocupan poco de ser alabadas después de su muerte por los hombres, pues todos sus afectos los tienen puestos en el celestial Esposo. Pero Dios que ha visto que, al consagrarse á su servicio, no le han pedido más que bienes celestiales, ha sido liberal con ellas, dándoles otros bienes que superasen sus deseos, según la promesa que ha hecho en el santo Evangelio: *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas os serán añadidas*¹. *Cualquiera que dejare casa ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna*². Tal es el oráculo de la verdad, y los efectos responden á sus promesas. » San Acepísimo era célebre en el país desde el reinado de Valente, ha-

¹ Luc. xii, 31.

² Math. xix, 29.

cia en año 370, y san Maisimo era contemporáneo suyo.

Los santos Zebinas, Polícrono, Moisés y Damián fueron célebres en la diócesis de Ciro. Teodoreto no conoció á san Zebino ó Zebinas, que murió ántes del año 423, y cuya memoria honra la Iglesia juntamente con la de san Polícrono, su discípulo, el 23 de febrero. Este Santo mereció por excelencia el título glorioso de hombre de oración, pues excedió en la asiduidad de esta virtud á todos los solitarios de su tiempo. En ella se ejercitaba día y noche sin cansarse jamás: ántes por el contrario, mientras más se aplicaba á ella, más se aficionaba. Puede con mucha razón decirse que imitaba en cierto modo sobre la tierra á los espíritus bienaventurados, que cantan ante el trono de Dios el cántico siempre antiguo y siempre nuevo.

Esta es la razón de que hablase muy poco á las personas que venían á verle, pues le causaba hastío el trato con las criaturas que le arrebatában los momentos, que quería, emplear en la contemplación de las cosas celestes. Así es que tan luego como las despedía, tornaba nuevamente á la oración, si es que puede decirse que la había interrumpido: pues dice Teodoreto, que durante el poco tiempo que hablaba con los demás, no se separaba su espíritu de la contemplación de las cosas divinas. De esta manera era tan grande la veneración que se le profesaba, que san Marón, de quién pronto hablaremos, y que fué uno de los solitarios más ilustres de su tiempo, no se cansaba de admirarle: le miraba como á su padre y maestro: le llamaba modelo de todas las virtudes y exhortaba á todos los que iban á verle, á que fuesen á recibir su bendición.

Pero si la oración era para este Santo un motivo de consuelo, le sirvió también de ejercicio de penitencia: pues la hacía de pié, y el único alivio que se permitía en la vejez, era apoyarse en un bastón. Teodoreto no detalla otras austeridades, sólomente dice que no se pudo hacer

que las mitigase ni aún al fin de su vida, en que el peso de los años hubiera sido para cualquiera otro un motivo de cansancio. San Marón habia pedido con vivas instancias que se le sepultase en su misma tumba; pero san Zebinas, que habia muerto algún tiempo ántes, fué enterrado en Citta, aldea inmediata á su celda, en donde se edificó sobre su tumba una gran iglesia, que fué muy frecuentada á causa del gran número de milagros que se obraban por su intercesión.

San Polícrono tuvo la dicha de ser su discípulo, y dice Teodoreto que no se representa mejor el cordero en la cera que las virtudes del maestro en las del discípulo. Polícrono se hallaba abrazado, como él, en el fuego del amor divino: como él se elevó sobre todas las cosas de la tierra, y como él, parecia que su alma tenia alas para remontarse á los cielos y contemplar incesantemente la belleza de Dios. Por último, como él, se ocupaba en las cosas divinas á la vez que hablaba á los que venian á verle.

Imitaba también á su bienaventurado maestro en las vigiliias y manera de orar, haciéndolo siempre de pié, y pasando las noches enteras en este ejercicio. A estas prácticas laboriosas añadía otras muchas, entre las cuales señala Teodoreto una que demuestra su profunda humildad á la vez que su amor á la penitencia. » Habia desterrado, dice este historiador, todos los vicios de su corazón, y sobre todo el deseo de ser honrado por los hombres, para lo cual se alejaba todo cuanto podia de ellos. Con esta intención no quiso cargar su cuerpo de cadenas, como lo practicaban otros muchos anacoretas, temiendo que se deslizase en su alma alguna secreta vanidad á causa de esta austeridad que no podia ocultarse á la vista de los hombres. Más para no cederles en el combate espiritual, se procuró una gruesa raiz de encina, que colocaba sobre sus espaldas, orando de este modo durante toda la noche. Lo mismo

hacia durante el dia, pero se la quitaba tan luego como alguien llamaba á la puerta.

Por mucho que fuera su cuidado para ocultar su penitencia, fué descubierta por alguno que se la refirió á Teodoreto. Este fué expresamente á verle, y dice, que, habiendo querido levantar de la tierra esta pesada raiz, apenas pudo hacerlo con las dos manos. Pretendió, llevársela con el fin de aliviarle de este penoso trabajo, pero desistió en vista de la gran pena que le causaba.

Una sequedad extraordinaria afligió por aquel tiempo á todo el pais. Los habitantes acudieron á las oraciones de los anacoretas. Muchos sacerdotes vinieron también con el mismo objeto, y entre ellos uno que era pastor de muchas aldeas de las inmediaciones de Antioquia, el cual rogó á los ancianos que se hallaban presentes, que persuadiesen al Santo para que bendijese un vaso de aceite; pero convencidos todos de su profunda humildad, le respondieron que era inútil conseguirlo. Entónces pensó obtenerlo por medio de un artificio, y para ello, cuando todos se hallaban en oración, se levantó el sacerdote, y presentó al Santo el vaso, del cual empezó á salir tanta cantidad de aceite, que no podian contenerlo con las manos.

Dejábase también ver su humildad en la manera con que recibia á los que venian á verle. Se postraba ante ellos, y abrazaba sus rodillas, sin distinción de personas, lo mismo ante el soldado y el artesano, que ante las personas de más consideración.

Habiendo venido á tomar posesión de su cargo el gobernador de Ciro, personaje de gran virtud, deseó conocer á los siervos de Dios, que por su piedad eran más ilustres en el desierto, y rogó á Teodoreto que le acompaÑase. Despues de visitar á varios, le llevó Teodoreto á la morada de Polícrono, á quien dijo que le presentaba al gobernador, que era amante de la justicia y de las personas buenas.

Entonces Polícrono, arrojándose á sus pies, le dijo que tenia que pedirle una gracia. Pensó el gobernador que se trataba de alguna recomendación, y le prometió complacerle; pero no pudiendo permitir que estuviese á sus pies una persona de una virtud tan eminente, le rogó que se levantase. » Puesto que me habeis empeñado vuestra palabra de honor, le dijo Polícrono, la gracia que os pido es que rogueis por mí de todo corazón. » Admirado el gobernador de su petición, le rogó que le relevase de su juramento, pues no se creia digno de perder á Dios ni por sí mismo.

Era tan grande el desprendimiento de san Polícrono, que rehusó un hábito de piel que san Jacobo el Sirio le habia enviado, porque le pareció demasiado cómodo é impropio de un religioso. Habiéndole visitado algunas veces Teodoreto para pedirle su bendición, no encontró en su celda más provisiones que dos higos, y asegura este escritor que era tan amante de la pobreza, que, para practicarla perfectamente, no tomaba más alimento que el absolutamente necesario, y con frecuencia no comia más que cada siete dias. Muchas personas le ofrecieron dinero, y otras se lo legaron por su muerte; pero jamás admitió la más pequeña cantidad, y decia á los que se lo llevaban que lo distribuyesen entre los pobres.

Nada cercenaba á sus austeridades ni aún en tiempo de enfermedad, y era tan riguroso para sí mismo, que con mucho trabajo pudo conseguirse que se le edificase una cabaña para preservar su cuerpo del frio. Pero al mismo tiempo era sumamente condescendiente para con los demás, así es que, habiendo ido á ver, en compañía de Teodoreto, á san Jacobo de Siria, que se hallaba enfermo, se ofreció á beber primero una medicina que se le habia preparado, por más que eran las primeras horas del dia.

Viéndole Teodoreto cascado por la edad y sin fuerzas, y que no tenia por otra parte auxilio de persona alguna, le

propuso que admitiese alguna que le asistiera. Resistióse en un principio, pero al fin se consiguió que habitasen cerca de él, ó sea en dos celdas inmediatas, dos jóvenes muy piadosos. Aún cuando estos estaban ya muy ejercitados en las prácticas de la vida monástica, quedaron muy admirados de verle toda la noche en oración, y le hicieron presente que debia proporcionar sus trabajos á la debilidad de su cuerpo. Más les dió á entender que no queria que le imitasen en esto, y les mandó que se acostasen. ¿ Como hemos de acostarnos, le respondieron, cuando en el vigor de nuestra edad, vemos orar de pié á un hombre que, despues de haber envejecido en la penitencia, no atiende á la debilidad á que se halla reducido?

De estos dos discípulos; uno de los cuales se llamaba Moisés y el otro Damián, aprendió Teodoreto todo lo que dice de las vigiliias de san Polícrono. Se animaron con su ejemplo, é hicieron tantos progresos en la virtud, que llegaron á imitar en un todo su género de vida. Moisés continuó viviendo con él y asistiéndole, y asegura su historiador que llegó á ser una imágen viva de sus virtudes. Damián se retiró á una celda que encontró cerca de una ciudad llamada Niara, en donde observó la misma disciplina que habia visto practicar á su maestro. Todos los que le veian recordaban á Polícrono, porque, como dice Teodoreto, además de que practicaba las mismas vigiliias y los mismos trabajos, tenia su sencillez, su bondad, su modestia, su dulzura, su afabilidad, su recogimiento, su asiduidad en la oración, su alimento y su pobreza, que era tan grande, que no tenia en su celda otro mueble que un vaso en que ponía las lentejas remojadas de que se alimentaba. Por esta razón, puede muy bién decirse, que el espíritu de su padre habia pasado al de su discípulo. El Menologio griego une á Moisés y á Damián con san Zebinas y san Polícrono en el dia 23 de febrero.

El monje Asclepio vivía á una media legua de san Polícrono, y era una perfecta copia de sus virtudes. Créese que se ejercitaba ántes en la vida cenobítica en unión de otros religiosos que moraban en una aldea inmediata; pero también practicó excelentemente la de los anacoretas siguiendo las huellas de san Polícrono, é imitándolo en el alimento, en el hábito, en los trabajos, en la caridad y en el espíritu de oración y de recogimiento. No sólomente su ejemplo, sino también sus conversaciones respiraban el amor de Dios de que estaba inflamado su corazón, y producían abundantes frutos de santidad en las almas, tanto en la ciudad de Ciro, como en las demás de la diócesis.

Entre las personas que atrajo á la virtud, distingue particularmente Teodoreto á un personaje llamado Jacobo, que se encerró cerca de la ciudad de Nimuzan en una pequeña celda, en que á nadie veía, ni hablaba más que por un pequeño agujero con las personas que venían á pedirle consejo. Sólomente abrió su puerta en consideración á Teodoreto, y se observó que jamás encendía lumbre, ni tenía luz. Tenía más de noventa años, cuando Teodoreto escribió su historia religiosa, hacia el año 440.

SAN MARON Y SUS DISCIPULOS, JACOBO EL SIRIO Y LIMNO ¹

San Marón debe ser considerado como uno de los padres principales de la soledad de la diócesis de Ciro. Teodoreto hace su elogio en muy pocas palabras, pero de ellas se des-

¹ Teodoreto, Baronio, Gennadio y Bulteau.

